



HEROICIDAD DE UNA MUJER

A MI HIJA ANA

I

Hija mia, cuantos hemos nacido durante el siglo XIX en España, apenas recordamos dias serenos, desde nuestra infancia, que no vayan acompañados de otros más tristes que la noche, más negros que la desesperacion.

No pocos,—y entre ellos se encuentra tu propio padre,—han pasado parte de su niñez en tierra extraña, y no emigrados por la voluntad de los suyos; ántes obedeciendo alguna orden tan cruel é insensata, que el ilustre historiador D. Francisco Javier de Búrgos, en sus *Anales de Isabel II*, la llamó *medida digna de la Convencion francesa*.

II

Baste por hoy lo que te digo, para que te hagas cargo del interes con que vuelvo los ojos á la edad que tú tienes, durante la cual me veia fuera de la patria, en medio de niños que no hablaban en mi idioma, lo que me obligaba á aprender el suyo. Hermosa era la tierra en que yo vivia, más hermosa, sin duda, que la nuestra, esto es, que los tristes y yermos campos que á Madrid rodean, y con todo, al pensar en que no era posible volver á España, se me oprimia el corazon. ¡Dios te libre, hija mia, de verte obligada á llorar en vano á la patria ausente!

• Enseñábanme entónces mil ejemplos

de historia antigua y moderna, aunque, como era natural, la mayor parte se referían á la tierra que á la sazón me daba amparo.

Con todo esto, los mismos profesores, dolidos de verme en tierra extraña, hablaban á veces de nuestra amada Península, diciendo que en breve me enseñarían su geografía y su historia. No llegó el caso, porque al fin pude volver á mi tierra, donde me hallé sabiendo muchas cosas que fuera de ella habian acaecido, é ignorando casi todo lo que á España se refería.

A nadie me era lícito culpar por ello, sino á mi propia desventura. Pero los años pasan y el tiempo vuela, y al cabo fuí comprendiendo que la mayor parte de los españoles se ven, áun sin salir de su tierra, en el mismo caso en que yo me veía, emigrado. De nuestra patria sabemos, eso sí, el odio con que nos hemos de mirar unos á otros, y el daño que nos hemos de hacer mutuamente, lo cual se aprende en el primer periódico que caiga en nuestras manos.

III

En cuanto á lo demás, los libros que nos dan de premio, no son sino meras traducciones, cuando no se hallen en frances todavía. Periódicos dedicados á la infancia he visto, que no eran en su mayor parte sino traducidos, y malísimamente apropiados á España.

Al cabo, hija mia, hay en nuestra tierra un periódico consagrado á los niños, como que lleva su nombre, moral, discreto y español. Bien merecen de vez en cuando sus tiernos é inocentes lectores el recuerdo de la patria historia, la primera que los niños deben conocer, al revés de lo que tan á

menudo sucede. A tu nombre le ofrezco, Ana mia, que cierto estoy le ha de valer la protección del cielo, que tan inocente y pura te ha querido.

IV

A nadie le está vedado el ser héroe. Cuando la causa es buena, á serlo han llegado las más débiles mujeres, y áun los niños. Lee los siguientes renglones, y verás cómo salvó á muchos hombres la heroicidad de una mujer.

No hemos de alejarnos mucho de nuestros días. Eran ya los últimos del mes de Mayo de 1808. España entera se habia alzado contra las armas de Napoleon, tan desleales y arteras en daño de un pueblo generoso, que por su propia lealtad juzgaba de la ajena. Valencia, la hermosa reina de los campos que baña el Guadalaviar, se habia alzado también; pero como á la sombra de los más generosos sentimientos suelen pulular traidores y malvados, desconfiaban de las autoridades, y en especial el pueblo.

Cierto, hija mia, que para alzarse sin miedo contra el poder de Napoleon, valía más no conocerle. Por eso todas ó la mayor parte de las personas que, por su estado social, se hallaban en el caso de saber los recursos y fuerzas del emperador, dudaron al principio, y áun muchos de los que entónces profesaban opiniones liberales, llegaron á *afrancesarse*, esto es, á defender la causa de Napoleon y de su hermano José, que nunca fué para España sino *rey intruso*.

Los franceses habian ido ocupando poco á poco buena parte de la Península, muchos soldados españoles se hallaban léjos, muy léjos, nada ménos

que en Dinamarca, y entre tanto, la familia real, pérfidamente engañada, había ido cayendo en manos de Napoleón.

V

¿Quién habría de creer que España se atreviera á arrostrar el poder de Napoleón? Pues, con todo eso, lo hizo. Mas como en alzamientos por el estilo suelen al mismo tiempo desatarse las buenas y las malas pasiones, las autoridades de Valencia temieron no hubiese grandes desmanes. Y no temían sin fundamento, porque en muchas partes de España los hubo, si bien la hermosa ciudad del Cid los llegó á padecer más que ninguna otra población.

Crecía, pues, la desconfianza del pueblo, el cual, unido con la tropa, señoreó la ciudadela, y declarando la guerra á Napoleón el día 25, formó una Junta en que había individuos de todas las clases de la sociedad.

Mas no por eso se aplacaba la desconfianza de algunos, los cuales determinaron registrar la correspondencia que venía de Madrid. Negáronse los empleados de correos á consentir en semejante delito, que bien merece este nombre el violar la correspondencia pública.

Nada contuvo á los sublevados, y éstos, por último, enviaron la balija á casa del conde de Cervellón, para que en su presencia se fuese abriendo.

VI

Terrible momento aquel en que hombres armados y llenos de la desconfianza que en casos semejantes se apo-

dera de todos, comenzaron á abrir los pliegos. Presente se hallaba la hija del conde de Cervellón. ¡Qué angustia para todo pecho bien nacido! ¡Qué horror para la noble jóven, al ver que un pliego abierto en aquel instante era copia del informe enviado por las autoridades de Valencia á Murat!...

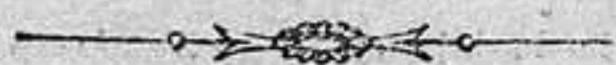
En aquel triste documento venían las firmas de muchas personas. Leerle, era lo mismo que leer la sentencia de muerte de todos... Entónces aquella jóven varonil y heróica, movida de su corazón generoso y sin reparar en las consecuencias, arranca el pliego á quien le tenía en la mano para leerle, le rompe en menudos pedazos, y salva á los desventurados cuya existencia no durara sino pocos momentos, acabada la lectura del funesto papel.

Gritos y amenazas mortales, rostros airados y manos armadas rodearon á la hija del conde de Cervellón; mas ella, con sereno espíritu, les pudo ir aplacando de modo que al fin aquellos hombres tan furiosos concluyeron por alabar la generosidad de corazón de la noble dama. El papel quedó en pedazos por el suelo, la vida de los que le habían firmado salva, y la hija del conde de Cervellón libró por entónces á Valencia de los horrores sin cuento que más tarde mancharon su glorioso recinto.

—
¡Ahí tienes, Ana mia, cómo á nadie le está vedado el llegar á héroe; y cómo una débil mujer tuvo ánimo suficiente para resistir y aún aplacar la ira de aquellos hombres sedientos de sangre!

FERNANDO FULGOSIO.

Orense, Setiembre de 1872.



LA RESURRECCION DE LÁZARO



Copia del cuadro de Rembrandt.

M. L. BURGOS

LA RESURRECCION DE LÁZARO



«Pasó haciendo bien.» Con tan sublime cláusula compendian los sagrados libros aquellas inefables maravillas de virtud y de bondad que el Divino Maestro derramó pródigamente á su tránsito por la tierra. No habia dolores que consolar, ni lágrimas que enjugar, ni débiles fuerzas que sostener, que él no consolase, y enjugase, y sostuviese con la dulzura de su palabra, con la santidad de su doctrina, con el poder de su ejemplo. Testigos fueron la Judea y la Galilea y otras diversas comarcas de los prodigios de su omnipotencia, pero nunca tal vez con tanta admiracion, y áun asombro, como cuando hizo al sepulcro devolver su presa en la persona de Lázaro resucitado.

Sujeto de distincion era éste entre los judíos, y moraba en Betania, villa pequeña cercana á Jerusalem, con sus hermanas Marta y María, aquella María que habia derramado sobre el Salvador los más exquisitos perfumes y enjugado sus piés con los dorados cabellos. Lázaro habia enfermado peligrosamente. Sus hermanas enviaron á decir á Jesus: «Señor, mira que aquel á quien amas está enfermo.» A lo cual contestó el Salvador con misteriosas frases: «Esa enfermedad no es mortal, sino que está ordenada para gloria de Dios con objeto de que por ella sea el Hijo de Dios glorificado.»

Y así era en verdad. Aunque profesaba especial amor á aquella familia en cuya casa habia recibido hospitali-

dad algunas veces, pareció como sordo á sus solicitudes, y se detuvo dos dias más en el lugar donde se hallaba, que se cree que era Betabara, al otro lado del Jordan, y á dos ó tres jornadas del pueblo de Betania. Así daba á entender que él conoce mejor que nadie el tiempo en que conviene socorrernos, y que si alguna vez tarda en venir en nuestro auxilio es para dar más larga muestra de su misericordia.

Pasados aquellos dias, dijo á sus discípulos: «Vamos otra vez á la Judea;» y despues de haberles dado á entender que nada se emprenderia contra él hasta que por su parte lo permitiese, cuando ellos asombrados le preguntaban cómo queria volver allá, siendo así que los judíos habian querido apedrearle, añadióles dulcemente: «Nuestro amigo Lázaro duerme, pero yo voy á despertarle.» Tomaron los discípulos, aún imperfectos y toscos, aquella palabra por el sueño natural, hasta que Jesus les dijo claramente: «Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haberme hallado allí, para que así se perfeccione más vuestra fe. Vamos á verle.»

Partieron todos, y cuando llegaron á Betania hacia cuatro dias que Lázaro habia sido enterrado. Allí habian concurrido tambien muchos de Jerusalem para consolar á las dos desoladas hermanas.

Cuando supo Marta que Jesus llegaba, salió á recibirle fuera del pueblo, y le dijo deshaciéndose en lágrimas:

«Señor, si hubieses estado aquí, no habría muerto mi hermano; pero yo sé que todo lo puedes, y estome consuela.» Respondióle Jesús: «Tu hermano resucitará: yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees tú esto?»

«¡Oh señor! repuso Marta con encendida fe, sí lo creo, y que tú eres el Cristo, Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.»

Después de esto fuese corriendo á avisar á su hermana María, y habiéndole dicho en secreto: «El Maestro viene y te llama,» levantóse aquella apresuradamente y salió también á encontrarle fuera de la aldea, al mismo sitio en que le había hallado María; visto lo cual por los judíos que estaban en su casa consolándola, siguieron tras ella, creyendo que iba á llorar al sepulcro de su hermano.

Cuando María se arrojó deshecha en llanto á los pies del Salvador, éste, que veía su aflicción profunda, conturbóse á su vez, y vertiendo las más puras lágrimas que hayan brotado ni brotarán, dijo, no por ignorancia, sino para hacer más patentes las circunstancias del milagro que iba á obrar: «¿Dónde le pusísteis?»

«Ven, Señor, y lo verás,» respondióle; y mientras algunos de los judíos, al observar el dolor de Jesús, exclamaban: «Mirad cómo le amaba;» otros, cegados por el espíritu de la envidia, y juzgando señal de flaqueza aquellas gotas de celeste rocío, murmuraban entre sí: «Pues éste que curó á un ciego de nacimiento, ¿no pudo hacer que Lázaro no muriese?»

Seguido de la anhelante multitud de

gente que se había reunido, fué Jesús al sepulcro. Este, como los que se usaban entre los judíos, era una especie de gruta, cuya abertura ó puerta se hallaba cuidadosamente cerrada por una piedra que á su anchura se ajustaba con exactitud. Allí estaba enterado Lázaro, cubierto el rostro con el lienzo que los latinos y griegos llamaban sudario, envuelto todo el cuerpo en un ancho paño de lo mismo, y ligado por fuertes vendas que le agarraban desde los hombros á los pies.

«Quitad la piedra,» dijo el Salvador; pero Marta le repuso con sencillez: «Señor, mira que ya hiede, porque hace cuatro días que está ahí;» á lo cual el Divino Maestro replicó en grave acento: «¿No te he dicho que si creyeres verás la gloria de Dios?»

Quitaron, pues, la piedra, y levantando Jesús los ojos al cielo, prorumpió: «Gracias te doy, oh Padre, porque me has oído: bien sabía yo que siempre me oyes, mas lo he dicho por razón de este pueblo que me rodea, con el fin de que crea que tú me has enviado.»

¡Admirable momento aquel que se acercaba! Los cielos y la tierra, todos los espíritus angélicos estaban suspensos para venerar y adorar el prodigio que iba á realizarse. Jesús, el Redentor Jesús, exclamó en alta y sonora voz que debió conmover los ejes del firmamento: «Lázaro, sal á fuera;» y en aquel punto la muerte devolvió su presa, y el muerto salió del sepulcro con el lienzo y las ligaduras que le cubrían y ataban de pies y manos. Segundo milagro fué éste que avaloraba el primero, como lo dió bien á entender Jesús cuando añadió: «Desatadle, y dejadle ir;» lo cual hicieron al punto los asombrados circunstantes, que en

su mayor parte creyeron en aquel soberano Salvador.

¿Ha podido nunca imaginar la humana fantasía más grande maravilla, más insigne prodigio que el que en aquel día obró la omnipotencia de Dios? Lázaro, ayer muerto, recobra hoy la vida: á la palidez cadavérica del sepulcro sigue la rubicundez de la más completa salud: á los gritos del dolor suceden las bendiciones de la alegría. ¿En dónde está, ¡oh muerte! tu victoria? ¿En dónde está tu aguijón?

¡Consoladora imágen para la fe, la

esperanza y la caridad cristiana! Lázaro muerto; Lázaro entregado á la corrupcion; Lázaro borrado del libro de la vida, simboliza al pecador muerto en el pecado. Lázaro resucitado; Lázaro tornado á la salud; Lázaro devuelto al amor de su familia, es emblema del mismo pecador que renace á la virtud por el poder inefable de la gracia.

Creed y orad para no morir á esa misma virtud, y para revivir en ella si por desgracia el pecado os cegare alguna vez con sus tinieblas de muerte.

ANTONIO ARNAO.

LOS GRANDES INVENTOS CONTADOS Á LOS NIÑOS

VII

LOS GLOBOS AEROSTÁTICOS

I

En esta serie de artículos en que sucesivamente han de encontrar cabida las grandes conquistas del ingenio humano, deben tener lugar preferente los globos, que tal vez sean, queridos niños, los que vienen á sustituir á los medios de locomocion hoy conocidos.

Muchas veces habreis visto cómo se elevan por el aire; muchas veces habreis seguido con vuestra vista alguno de esos aparatos que, ascendiendo sin cesar, habrá desaparecido á vuestros ojos.

Y no es esto sólo: en las ferias encontráis siempre lindos globos rojizos que haceis comprar á vuestros papás, y que lleváis sujetos con un hilo.

Y os recreáis, inocentes, viéndolos elevarse cuando largáis el hilo, ó ba-

jar si de él tiráis; teniendo á veces inmensa pena, si, rota la cuerda, vuela el globito con velocidad indecible.

¡Cuántas veces, lectores queridísimos, habrán las lágrimas asomado á vuestros ojos, si suceso tan triste os ha sobrevenido!

Pero las lágrimas no habrán tenido poder bastante para contener la volante esfera, que habrá desaparecido para que no la hayais vuelto á ver, dejándoos tan sólo la afliccion más terrible y la reprension de vuestras mamás, que de poco previsores os habrán tachado.

Son, pues, los globos aerostáticos antiguos amigos vuestros, cuya vida, cuya historia vengo á contaros. No son muy viejos, pues sólo datan del año 1783, en que fueron descubiertos.

Quién los inventó deseais saber, sin

duda alguna; y yo, que para complaceros escribo estas líneas, debo inmediatamente manifestároslo.

Allá por el año 1783 habia en Annonay (Francia) un fabricante de papel llamado Pedro Montgolfier, que tenia dos hijos, cuyos nombres eran José y Estéban. Dedicábanse éstos á estudios y experimentos científicos, cuando pudieron obtener, despues de largos trabajos, la seguridad de que un calor de cien grados rarifica el aire y le hace ocupar un espacio doble mayor.

Fundado en esto, hizo José Montgolfier varias experiencias privadas, obteniendo como resultado inmediato la seguridad de que un globo lleno de aire caliente se elevaba por el espacio.

Estaba con esto, queridos niños, descubierta el principio á que debeis el encontrar en las ferias los globos rojizos de que os he hablado; principio que habia de permitir despues que se pensase seriamente en el invento.

Aunque lo dicho os da á conocer el misterio de la navegacion aérea, debo detenerme á explicaros lo que para vosotros no será tal vez muy claro y comprensible.

Cuando estudiéis física vereis que todo cuerpo que se halla sumergido en la atmósfera, pierde de su peso una parte igual al peso del aire que desaloja; es decir, del aire que ocupara el espacio por el cuerpo ocupado. Segun esto, si un cuerpo es más pesado que el aire, cae, en virtud de ser mayor la fuerza de su peso que el empuje del flúido; si pesa lo mismo, flota en la atmósfera; y si pesa igualmente, se eleva hasta que se establece el equilibrio entre él y el flúido que le rodea.

A este principio obedece la posibilidad de los globos aerostáticos, que

tienen importancia inmensa, y que, como os he expresado al principio de estas líneas, envuelven en sí un problema importante.

Os he dicho que los hermanos Montgolfier inventaron los globos, y es cierto. No obstante, hubo quien, ántes que ellos, pudiera expresar la teoría sobre que están fundados. Blak, profesor de física en Edimburgo; explicaba en su cátedra, por el año 1767, que una vejiga llena de hidrógeno se elevaba en la atmósfera; y á una sociedad inglesa se comunicaron, en 1782, varios curiosos experimentos, que consistian en llenar tambien de hidrógeno unas burbujas de jabon, las cuales se elevaban ó ascendian en la atmósfera, por ser más ligero que el aire el gas en ellas contenido.

Con esto que os he dicho, niños queridísimos, sabeis ya á quién puede verdaderamente aplicarse la invencion de los globos, y puedo pasar á explicaros dónde y cómo tuvo lugar el primer experimento público. Verificóse en Annonay el juéves 5 de Junio de 1783, en que los hermanos Montgolfier hicieron elevar un globo de figura esférica, cuya circunferencia media próximamente 110 piés; su capacidad era de 22.000 piés cúbicos. Completo éxito obtuvieron los inventores, á pesar de que todos creian irrealizable su proyecto, que era tan sencillo y comprensible, que un célebre hombre de ciencia frances, al escribir sobre esto, dice que en la Academia francesa, al tenerse noticia del invento, sólo hubo para ello una exclamacion unánime: «Así debia suceder: ¿cómo no haberlo pensado ántes?»

La ciencia tiene á veces oculto lo que luego parece, al descubrirse, fácil,

y hacedero: esto sucedió con los globos, que hoy son estudiados con ahinco por hombres que á ellos dedican su vida y sus conocimientos. De esto he de hablaros despues, cuando os presente los diversos experimentos que han tenido por objeto el dirigir los globos.

Cuando se verificó el primero con esas ligeras máquinas, fué inmenso el entusiasmo y grande el ruido, tanto que inmediatamente se procuró hacer una segunda experiencia en Paris.

Llevóse esta á cabo el dia 27 de Agosto del ya nombrado año 1783, y en ella es curioso y digno de mencion el fin trágico del volante aparato.

Habiéndose obtenido un éxito completo y elevándose el globo por los aires, vino á caer entre unos campesinos, que, admirados, extendieron bien pronto la alarma.

Jamas habíase visto objeto semejante, y por algunos creyóse era un terrible animal aquello que yacia en el suelo, y que se movia á impulsos del viento que lo agitaba.

Y el miedo era grande en aquellos pobres labriegos, que se encontraban espantados ante el globo medio vacío, y nadie se atrevia á acercarse á aquello que debia ser un monstruo horroroso, sin duda alguna.

Siempre hay, queridos niños, quien posee un corazon más animoso que los demas, y en el caso que os refiero, no faltó uno, por fortuna. Hallábase el pobre globo de inmenso concurso rodeado, y nadie osaba acercarse á él, tan grande era el pavor que su vista infundia. Empero, de pronto, aparece un individuo que se adelanta á todos, provisto de un fusil.

¿Querrá matar á la bestia?

Sí, queridos niños, quiere matarla.

Y se adelanta, y el tiro sale, formando el plomo terrible agujero en la superficie de la máquina aérea.

La abertura deja escapar el gas, el globo disminuye de tamaño hasta quedar reducido solamente á la arrugada tela, y el hidrógeno de que estaba lleno el aparato, esparce al salir un olor poco grato para las azoradas gentes, que claman victoria creyendo muerta la terrible fiera.

El miedo ha desaparecido; todos quieren terminar la obra empezada, y la tela, única cosa que quedaba, es amarrada á la cola de un caballo, que, corriendo por los campos, se encarga de hacerla mil girones.

Así terminó el globo con que se hizo la primera experiencia pública en Paris, globo que se habia fabricado gracias á una suscripcion espontáneamente realizada, y del que nada pudo aprovecharse.

Súpose en Paris la ocurrencia; pero era tarde para remediar el mal causado: sólo pudo hacerse algo para evitar la repetición del hecho, y al efecto, se publicó por el gobierno una especie de aviso que pudiese prevenir la repetición de lo que habia acontecido.

Creo yo, amadísimos lectores, que basta lo dicho, y que con ello hay materia suficiente para este artículo: por esto puedo terminar este, dejando para otro el empezar á hablaros de los diversos experimentos que han tenido por objeto dirigir con rumbo cierto los globos aerostáticos. Cuestion es esta de importancia inmensa, y digna de notable consideración; yo procuraré, queridos niños, presentárosla de un modo tal que pueda fácilmente ser por vosotros comprendida.

E. THULLIER.

LA HISTORIA DE ESPAÑA

(Continuacion)

X

LOS EMPERADORES ROMANOS

El imperio de Julio César fué de corta duracion. Ocupó el trono imperial Octavio, que tomó el nombre de Augusto, y en su tiempo, las provincias de España, que llevaban más de doscientos años de atropellos, sublevaciones y guerras, esperanzaron un porvenir más halagüeño. No obstante, ántes de lograr un período de paz y de prosperidad general, todavía hubo acontecimientos deplorables.

Estaban cansados los pueblos de sufrir tan larga dominacion extranjera, y aspirando á sacudir el yugo tomaron las armas los Vascos, los Austrigones y los Turmodigos, que ocupaban dilatado territorio desde Vizcaya por Búrgos, hasta el reino de Leon. Octaviano, lleno de prudencia, y temeroso de que la insurreccion no se propagase, corrió á cortarla en su origen, pero ¡vano intento! Los insurrectos porfiraron en recobrar su libertad, y las tropas imperiales tuvieron que atacarles y luchar contra poderosas fuerzas. El genio exterminador de la guerra paseó de nuevo su ensangrentada espada por Cantabria, Astúrias y Galicia, y sólo fueron vencidas estas naciones cuando ya no tuvieron armas que empuñar ni jóvenes que pudiesen presentar sus pechos á los soldados de Octaviano.

Aquellos fueron los últimos alientos de la independenciam española.

Pero á épocas tan infelices como hasta aquí han ocupado nuestra pluma, sucedió un tiempo sosegado y apacible. Con las nuevas leyes fundamentales de la gran señora del mundo, la España prosperó y se engrandeció. En todas las provincias antiguamente conquistadas, fué apareciendo un bienestar y tranquilidad desconocidos. Un orden de cosas, un nuevo aspecto político, una administracion del todo distinta, se dejaba sentir en todas partes. Bajo el imperio de Augusto, Roma prefirió conservar y mejorar que no extender más sus dominios. Procuró civilizar, instruir y hacer gustar al pueblo los beneficios de la pública instruccion. Quiso que España pudiese considerarse hermana, y engrandeciéndola con monumentos y favoreciéndola con sus mismos usos y costumbres, la antigua Iberia prosperó y Roma se ensalzó á sí misma. Entónces recibió la España una nueva division en tres grandes provincias, la Tarraconense, la Bética y la Lusitania; la administracion, las ciencias, las artes, todo fué al estilo romano.

Cuando los romanos llegaron á España, eran tres ó cuatro las religiones que habia en el país: la de los fenicios, la de los griegos, la de los cartagineses y la de los pueblos primitivos, que

no se conoce del todo bien. Pero cuando recibió por completo el influjo de Roma, España no tardó en tener, como Italia y los galos, sus pontífices, sus flamines, sacerdotes y augures, encargados, según el rito romano, de celebrar las fiestas sagradas, los festines, los juegos, y rendir sacrificios á los dioses hispano-romanos. De entonces datan los monumentos, medallas y monedas con los dioses de Roma y Grecia grabados, las cabezas y los atributos de Apolo, Mercurio, Cibeles, Neptuno y Hércules; la loba de Rómulo y Remo; Juno, con sus pavos reales; Pan, Silvano, Sileno, etc., etc. La afición á las letras, ya extendida en tiempo de Sertorio, se desenvolvió y fué fomentada por Augusto; la lengua latina vino á ser familiar á los españoles, y la industria, la agricultura y el comercio tomaron vastas proporciones.

Sucedieron á Augusto diversos emperadores; pero España continuó ya en las vías de progreso, de paz y prosperidad de que tanto necesitaba. Creáronse ó se aumentaron muchas ciudades: Zaragoza, Guadix, Barcino, Córdoba, Tarragona, Mérida, Badajoz, tuvieron hermosos monumentos y grandiosos edificios; hasta del seno de España salieron famosos emperadores: Trajano, Adriano, Máximo y Teodosio; los literatos, escritores y poetas, como los dos Séneca, Mela, Lucano, Columela, Floro y otros, dieron, en fin, nombradía y brillantez á la España entera.

La agricultura recibió también notable impulso, y las vías de comunicación se aumentaron y extendieron en pro del comercio y de la industria. Las telas que se tejían en España eran finísimas; el oro y plata de sus minas

era recibido en Roma con miles de plácemes; las frutas de todas clases, los cereales y las manufacturas eran apreciados en todos los mercados del mundo. Numerosos bajeles surcaban de continuo las aguas del Mediterráneo, y todas las costas de la Península no eran otra cosa que vastos mercados que proveían á todo el orbe romano. ¡Qué mucho que los emperadores se esmerasen en favorecer á España, y que ésta se les mostrase agradecida!

No es, pues, de extrañar que, en especial con Augusto, tuviesen los españoles verdadero entusiasmo, y que hasta le erigiesen columnas, templos y altares. Hasta á la emperatriz su esposa, Livia, le levantaron un monumento en Sevilla, llamándola madre de todos los pueblos del mundo y protectora de los españoles. Las contribuciones fueron desde entonces más morigeradas; la administración estuvo en manos de los naturales del país, y todo daba á conocer que había llegado una era nueva de paz y buen gobierno. Un suceso muy notable ocurrió durante el reinado de Augusto, cual fué el nacimiento de Jesucristo, en el año 753 de la fundación de Roma. Sucedieronle, como hemos dicho, otros emperadores, como fueron Tiberio, Calígula, Claudio, Neron, Galba, Oton y Vitelio; pero muchos se hicieron odiosos por sus vicios y liviandades. Sin embargo, la España permaneció sin mudanzas memorables hasta principios del siglo v, en que debía participar de la gran revolución y decadencia que amenazaba al imperio romano.

Las irrupciones de los bárbaros del Norte, cada vez más frecuentes, hicieron temer en efecto por la ruina del imperio. A la muerte de Teodosio I, en

el año 395 de Cristo, sus dos hijos, Arcadio y Honorio, se repartieron sus dominios, tomando el primero los de Oriente y el segundo los de Occidente; pero los tutores ó regentes á quienes estaban confiados, aspiraron á ocupar el solio en vez de arraigar los intereses de sus respectivos pupilos. Rufino, que lo era de Oriente, facilitó la entrada en Grecia á los soldados de Alarico, rey de los godos, con el fin de arrojar á Arcadio del trono. Estilicon, que era el tutor de éste, creyó ampararse mejor contra aquellos, llamando á los Suevos, Vándalos y Alanos. Sea por uno ú otro motivo, lo cierto es que los bárbaros inundaron la Italia, ocuparon la ciudad de Roma, y amenazaron con apoderarse de la Europa entera. La debilidad y afeminamiento de los romanos les facilitó la empresa. El imperio

era un coloso tan grande que ya no podia sostenerse. Conociólo Honorio, y humillóse hasta el extremo de ceder las Galias y la España á los invasores, que con el afan de botin se desparrraron por estos países con rapidez, imponiéndoles leyes y costumbres nuevas. Ataulfo, rey de los Godos ó Visigodos, se extendió por Cataluña, Aragon y Valencia; Hemenerico, rey de los Suevos, se estableció en Galicia, Leon y Castilla la Vieja; Atacio, rey de los Alanos, se apoderó de la Lusitania, y Gunderico, rey de los Vándalos, se posesionó de la Bética. Así quedó la España romana, despues de las trasformaciones que habia sufrido, convertida en España goda, inaugurándose una nueva época con una nueva dominacion, de que nos ocuparemos en sucesivos artículos.

FLORENCIO JANER

LA DISCORDIA

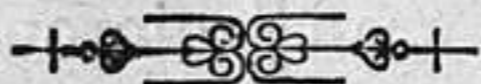
FÁBULA

Comiendo aparte y en diverso plato,
 en dulce paz vivia
 un perro con un gato,
 cuando quiso el demonio cierto dia,
 que un fámulo, por yerro,
 sirviese al gato y olvidase al perro.
 ¡Adios la paz! En su interes picado,
 furioso el can acometió á su amigo,
 que al verse acorralado,
 sacó las uñas y le dió el castigo.

De entónces, nunca consiguió el gallego
 reunir dos instintos desiguales,
 porque atizando á la discordia el fuego,
 los hizo al fin el interes rivales.

A una anciana le oí en una conseja,
 que siempre el interes mece la cuna
 de la discordia vil. Quizá la vieja
 dijese una verdad como ninguna.

J. A. VIEDMA.



LA PREOCUPACION DE ANTOÑITA



¿Saben Vds. qué es lo que más preocupa á la interesante Antoñita?

Pues lo que la preocupa y tiene sin sosiego es que el elegante muñeco D. Perlimplin no duerme nunca, y siempre tiene, por consiguiente, los ojos abiertos.

Este prolongado insomnio del muñeco no puede ser natural, y Antoñita no piensa en otra cosa. Ahora mismo está pensando en decir á su mamá que llame al médico para que vea á D. Perlimplin y examine su estado.

¡Dichosa edad la de Antoñita, y adorable inocencia la suya!

LA NIÑA CONVERTIDA EN GATA

CUENTO POR MME. GIRARDIN

I

EL BRUJO

¡Pimpirrimpimpun!
¡Pimpirrimpimpun!
¡Pimpirrimpimpun!

Esta tremenda palabra mágica fué pronunciada una tarde de invierno por un viejo de aspecto sombrío, vestido con un ropon rojo como un pimiento, y con un gorro puntiagudo en la cabeza. Sentado delante de un horno, te-

nia en la mano el mango de un enorme caldero, dentro del cual cocía alguna cosa extraordinariamente extraordinaria.

El hombre no era cocinero, ni pastelero, y por consiguiente, el perol no contenía ninguna cosa rica de esas que hacen á los chicos relamerse de gusto. Tampoco estaba el viejo cocinando pan, y es seguro que no adivinaríais jamás en qué consistía la ocupación de semejante ente. Os lo diré, para que no estéis con curiosidad.

El viejo era un brujo, hijos míos; un brujo que sabía más que Brijan; pero empleaba su saber en el mal. Sabios así son muy perjudiciales, así como son muy dignos de aprecio los sabios que emplean su talento en el bien, y consagran su vida á descubrimientos y adelantos útiles para mejorar la suerte de los hombres.

Aquel brujo había leído en algún librote que otro brujo, á fuerza de maleficios, había conseguido componer un hombre con tierra, huesos y ceniza, y hecha de todo esto una masa, consiguió después animarle, pronunciando unas horribles palabras mágicas. El muy pillo se había propuesto imitar al brujo de quien se contaba tan sorprendente invención; pero él no quería componer un hombre, sino una mujer, y aunque parezca mentira, esperaba que su empresa tendría el mejor éxito.

Hacia ya ciento trece días ciento trece noches trece horas trece minutos y trece segundos que el gran perol estaba en el horno, y ya había obtenido el brujo resultados notables.

El vigésimo día empezó á conocer que había novedad en aquella extraña cocción, y al cumplirse las nueve semanas retiró el perol del horno, le puso

en el suelo, y luego pronunció esta frase trascendental:

¡ Pimpirrimpimpun !

Y vió con asombro que salió de la cacerola una bonita rata que echó á correr alegremente; pero el mágico la cogió, la volvió á echar en el perol, y puso éste otra vez en el fuego.

Algunos días después hizo otra prueba, y salió del perol un mochuelo, y en el tercer ensayo salió una rapsa.

— Esto va en grande, exclamó el mágico; pronto saldrá una culebra, y luego una gata, y luego una mujer.

Y no cabía en sí de gozo aquel grandísimo brujo.

Ya comprendereis que un brujo no querría componer una mujer buena, porque entonces habría empezado por hacer una mariposa, luego una golondrina, más tarde una paloma, después una gacela, y, por último, una hermosa niña llena de virtudes y hermosura.

El brujo había estado todo el día en que empieza esta historia dando vueltas al contenido del perol con un cazo singular, cuyo mango era de plata, y el cazo lo formaba una mano de oro que lucía en todos los dedos sortijas con topacios, brillantes, diamantes y toda clase de piedras preciosas. Me parece que no habrán visto mis lectores muchos cazos de esa conformidad. Pues, como digo, tanto había trabajado el brujo, que, rendido de fatiga, después de estar toda la noche también dale que dale con el cazo dentro del perol, al amanecer se quedó dormido en su gran sillón de vaqueta pintado de sapos y culebras.

II

EL VESTIDO DE COLOR DE LILA

El mismo día, á la misma hora que el nigromántico se dormía, se despertaba una niña que habitaba en la casa inmediata.

—Casilda, dijo á su doncella, hoy hace muy buen día y quiero estrenar el vestido de color de lila que me ha regalado mi tía.

—Señorita, contestó Casilda, no hay más dificultad que la de que el vestido de color de lila no está planchado.

—Pues bien; pláncelo V. ahora, repuso Antonia, que así se llamaba la niña.

—Señorita, es imposible, porque no hay todavía fuego y se necesita tiempo.

—V. siempre tiene disculpas cuando no quiere hacer lo que se le manda. Tendré que decir á mamá que la despida á V.

Antonia se levantó de malísimo humor, y bajó al patio. Pronto vió que la puerta del laboratorio del brujo estaba abierta, y advirtió que en el horno había gran fuego, y precisamente por esto había abierto la puerta el brujo, para no ahogarse, porque también los brujos se ahogan.

Antonia era una niña muy consentida y muy atreviduela, y cuando se trataba de satisfacer un capricho, en nada reparaba con tal de salirse con su gusto: defecto gravísimo que hacía muy poco favor á la niña en el concepto de las personas formales. Corrió hácia

la puerta del laboratorio, y penetró en aquel misterioso y terrible lugar.

Al ver al viejo inmóvil en el sillón, retrocedió espantada, porque el brujo tenía una facha capaz de asustar al más valiente. Pero Antonia se tranquilizó viendo que estaba dormido, y se acercó al horno, donde había carbon en abundancia; la muchacha se había provisto de un cogedor y unas tenazas, y se apresuró á hacer provision de brasas que llevar á Casilda para que no dijera que no tenía lumbre en que calentar las planchas.

Temblaba Antonia considerando lo que sucedería si en aquel instante se despertaba el brujo; no se atrevía á respirar, y el más ligero ruido la estremecía de piés á cabeza... Sin embargo, el deseo de satisfacer el capricho de ponerse el vestido de color de lila, era en ella más poderoso que todo, y le daba valor. ¡Pobrecilla! quería ponerse aquel vestido para parecer más bonita, y no comprendía la pobre qué cara le iba á costar la coquetería.

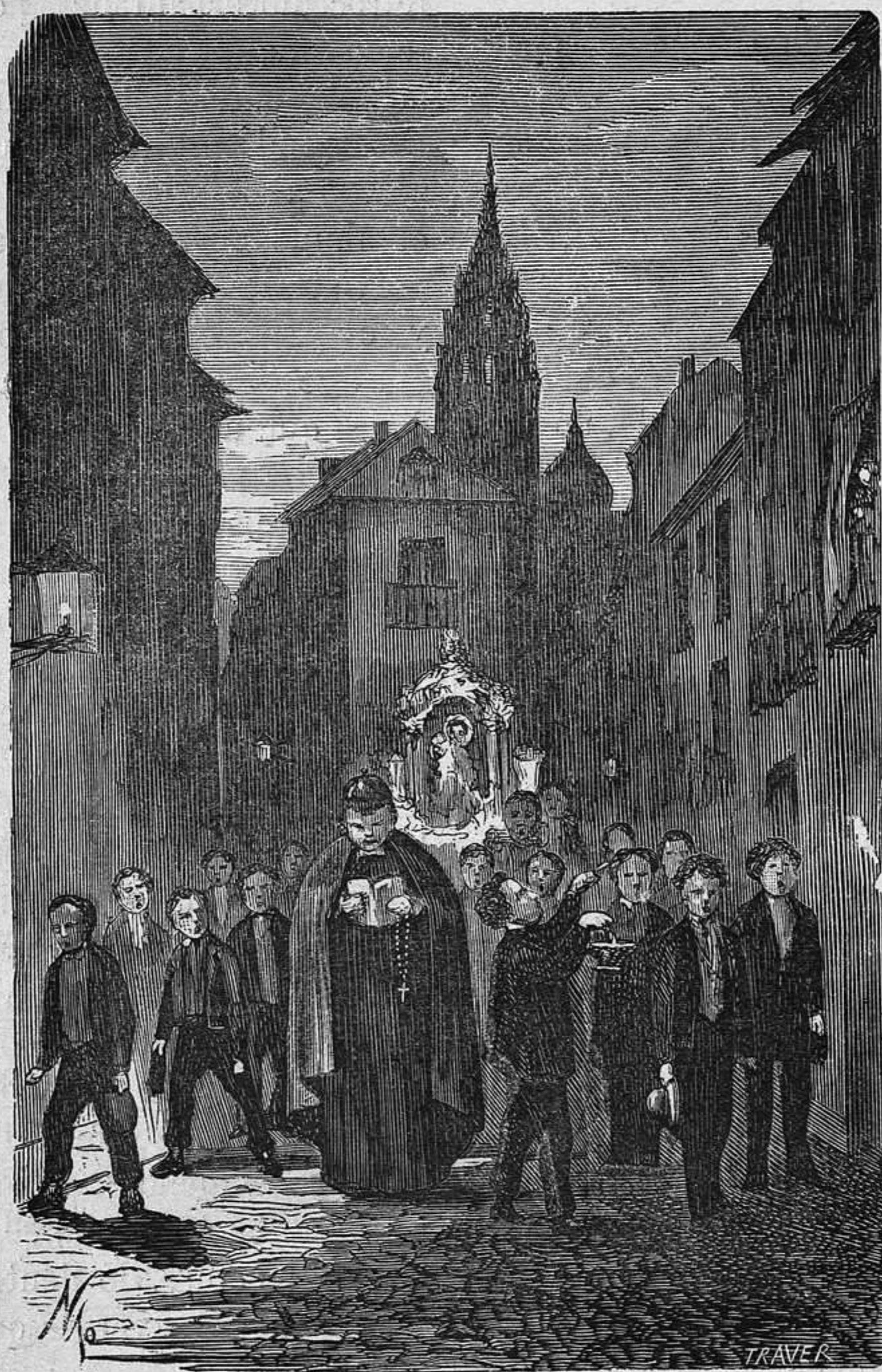
Después de haber cogido toda la lumbre que quiso, fué á colocar las tenazas con mucho cuidado junto al horno, y ya iba á marcharse, cuando, mirando al perol, vió dentro de éste dos ojos enormes verdes que le miraban furiosos.

Su espanto fué tan grande, que no pudo contener un grito, y de las manos se le cayó el cogedor con la lumbre. En el mismo instante despertó el brujo.

(Se continuará.)



COSTUMBRES RELIGIOSAS



LOS NIÑOS EN EL ROSARIO DE LA AURORA, EN TOLEDO

ADVERTENCIA

Suplicamos á los suscritores cuyo abono termina en fin de Noviembre ó de Diciembre, lo renueven lo ántes posible, para remitirles el *Almanaque de Los Niños* para 1873, que estará impreso dentro de pocos días.

Las demas empresas de publicaciones literarias sólo dan *prima* á los suscritores por año; nosotros daremos el *Almanaque* á todos los que renueven ó se suscriban de nuevo por el tiempo que gusten.